RAÚL SCALABRINI ORTIZ

Tierra sin nada
Tierra de profetas

Devociones para el hombre argentino



Editorial Lancelot

TIERRA SIN NADA
TIERRA DE PROFETAS

Devociones para el hombre argentino

RAÚL SCALABRINI ORTIZ

Editorial Lancelot

Scalabrini Ortiz, Raúl
Tierra sin nada, tierra de profetas. - 1a ed. - Buenos Aires : Lancelot, 2009.
100 p. ; 19x14 cm.

ISBN 978-987-23177-9-9

1. Ciencias Políticas. I. Título
CDD 320

Diseño de tapa y diagramación interior
Marcelo Garbarino

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.

Impreso en Argentina

CREER
He allí
toda la mapa
de la
vida

Atreverse a erigir en creencias los sentimientos arraigados en cada uno, por mucho que contraríen la rutina de creencias extintas, he allí todo el arte de la vida.

RATIFICACIÓN DE UNA CONDUCTA

Estas devociones brotaron en el transcurso de los últimos veinte años de mi vida, de 1926 a 1946, con el ritmo espontáneo y vitalmente ineludible con que combo el pecho para respirar.

Constituyen una testificación fundamental de mi fe en los hombres de mi tierra, y son un aporte al desbrozamiento de las falsas perspectivas que enmarañan su destino histórico.

Aparentemente, su publicación establece una pausa en mi larga lucha a favor de la independencia económica de la Nación, en que ese desatino puede ser realizado, pero no es, en verdad, más que otra forma de esa misma lucha, que proseguida incansable hasta su triunfo final, porque es una confirmación de objetivos, sin los cuáles la lucha de medios se relaja con facilidad.

Estas devociones quizás hubieran podido ser aclaradas con el análisis de la inconsciente tenacidad con que el hombre argentino busca una perennidad en el inmarchitable cuerpo de la tierra y de la multitud que la encarna constantemente, pero esa hubiera sido obra de razón, extemporánea y quizá perjudicial para lo que solamente pervive en la temblorosa y tenue flámula de una fe.

Podrían también haber sido embellecidas, adecuándolas a técnicas comprobadas de la retórica, pero así se hubiera posiblemente desvirtuado su fealdad primitiva de germen. El germen no se talla sin riesgo de

destruir el tiempo venidero que la vitalidad de su misteriosa estructura contiene. He preferido el germen vivo a la perfecta talla inerte.

Con cada lector que aquí se encuentre constituiremos una inmensa multitud de dos seres que han encontrado un lenguaje común para luchar contra la de otra manera invencible corrosión del tiempo.

NACIMIENTO Y TRANSFIGURACIONES DE UNA FE, QUE TAMBIÉN PUEDE SER DE OTROS

El hombre habla frecuentemente de su vida, pero pocos, en verdad, la habrán palpado como una unidad consistente. Yo, al menos, no la he sentido así. He tenido días, simplemente. Días de sufrir. Días de esperar. Hubo momentos magnéticos, como relámpagos, y grandes zonas de depresión. A mis días le faltó conjunción. Fueron los unos extrañamente ajenos a los otros. Ni aun en la plasticidad del recuerdo se refunden. Les faltó sometimiento a una empresa más grande que ellos mismos. Les faltó subordinación a una fe. Desde ese punto de vista, mis días fueron característicos de una generación que se relajaba en el descreimiento. Por eso hablo en primera persona. Se habla de sí mismo por orgullo o por humildad zoológica, como hablaría de sí el tero, el chajá o el ñandú.

Desde esta colina de los cuarenta y ocho años, recién veo claramente que a través de todas las alternativas yo buscaba una creencia, un sistema de perfección, una tarea irrealizable que podía ser realizada en cualquier momento. Para ser yo mismo quería fundirme en algo más grande que yo mismo.-

Mi búsqueda fue desesperada sin saberlo. Sin una creencia, el hombre vale menos que un hombre. Sus poderes se amenguan, su vitalidad se marchita. Ignoraba que fuera tan arduo el aprendizaje del saber creer. Con premurosa ingenuidad hurgué todos los conocimientos. Mi puericia, mi adolescencia y parte de mi juventud se fraccionaron entre el revelado chacoteo de la calle y la disciplina del estudio.

Bajo la tutela de mi padre, maestro de maestros, me inicié en razonamientos eruditos, descifré textos de filosofía, supe de discrepancias conceptuales y aprendí a arrebañar y conducir abstracciones. Poco obtuve de los filósofos, sin embargo. El filósofo no es gustoso de consignar en las letras la debilidad substancial de sus días. La primera esperanza de una fe se me desgastó en ellos. Luego he seguido leyéndolos, pero ya fue con ánimo mezquino, para aguzar y adiestrar en su manejo los instrumentos de comunicación y de expresión.

Mi desasosiego me adentró en ese minucioso escarbar del mundo material que se llama ciencia. El aprendizaje de las ciencias es cautivador, porque a medida que se estudia se sabe cada vez menos. El mundo se escurre de todas las mallas de las sistematización. Cuanto más secretos de arquitectura cósmica, de estructura atómica u orgánica se enumeran y dilucidan, más se multiplican los misterios. No hay ciencia que resista la demolición de tres preguntas candorosas de niños. La tarea fundamental de la ciencia es suplantar las definiciones ajadas por otras de palabras flamantes. Por eso yo manejé la biología, la física, la botánica, las probetas y los frascos de Erlenmeyer con el mismo estado de ánimo de quien tira al blanco: con profunda concentración inmediata, pero sin convicción permanente.

También fui aplicado en álgebra y en toda matemática. Es un ejercicio mental apenas más laborioso que el juego de ajedrez. Pero hay un límite para ía acción sin apego y pronto el ingenio del cálculo infinitesimal y de la geometría proyectiva se fueron al archivo de las recreaciones transpuestas, junto a las bolitas de vidrio y a la pelota de fútbol. Debo confesar que la capacidad de concatenar un razonamiento se fortificó en ellas. Además, las matemáticas me libraron del encandilamiento matemático. La intensidad del pensamiento abstracto me acercó, sorpresivamente, a la intensidad del pensamiento lírico. Cuando se reduce el alcance de un número al de un adjetivo, la fórmula matemática alcanza una fuerte densidad emocional. Quizá en reposo lejano pueda fundar esta inusitada semejanza, que Gauss presintió. Pero hoy mi voluntad es hablar solamente de mis creencias perdidas, fundamentando, así, mi derecho a ser uno cualquiera que sabe que es uno cualquiera.

Pasé varios años de desafuero educacional. Leía desordenadamente y creía ser ajeno a la ciudad, cuando la ciudad comenzaba a insumirme. Sin saberlo, y más bien suponiéndome distinto, yo estaba comenzando a ser un muchacho porteño. Jugaba al billar, boxeaba y hasta fui campeón en el arte de endosar trompadas. Pero mi intimidad de veinticinco años se encontraba perdida y sin objeto. En mi escaso juicio, yo era un extranjero entre los míos. Poco recibía de ellos y poco les daba, suponía. Fueron días desapaciguados, de acción mortecina y de pasión reticente, tan desvaídos que es casi imposible reconstruirlos. Lo más vitalmente valioso de mi juventud quedó tirado en las calles de Buenos Aires.

Fueron épocas de vagancia, sacudidas por extremas tentaciones y zarandeadas por deseos escurridizos. Era el tiempo de conocer. Cada día ofertaba un itinerario y una fisonomía forzosamente desemejante. Traté personas de toda laya. La sabiduría leída comenzó a parecerme despreciable. Me percaté de cuánta suma de perspicacia, de ahínco y de vigor se malgasta anónimamente en la simple función de vivir. Oscuramente presentía que el hombre es digno de serlo por lo que calla, no por lo que expone; por lo que sofoca, no por lo que desencadena; por lo que proyecta no por lo que realiza. Me pareció que el fracaso es el mejor temple del corazón humano. La sabiduría, el poder y la riqueza se me ocurrieron plebeyas, y con frecuencia solía avergonzarme de saber un poco más. Al rever esta etapa de mi vida comprendo que la ciudad tenía para conmigo una severidad de maestra de primeras letras. La inédita visión del mundo autóctono subía en mí como sube el zumo de la tierra en el gajo recién transplantado. Una convicción ascendía hasta el espíritu desde lo elemental.

Pero aún me faltaba una lejanía. La lejanía es una gimnasia del afecto. Y así fue mi alejamiento. Comencé a buscar mi verdad huyendo. Conocí la pampa, los bosques, la cordillera. Anduve en los ásperos altiplanos tocadores de quena y en las orillas de mi río natal, cuyas aguas descienden al mar con un silencio de siglos. Y un día sin importancia, un día cualquiera, un día desproporcionado con la decisión, me fui a Europa en un barco de carga.

La distancia es el tiempo mismo que está acostado, y por eso lo mío lejano es más mío. Europa es la tierra con la forma sensual del anhelo del hombre. Allí todo es blando y fácil, hasta el morirse. Yo llevaba una estima reverente. Conjeturaba que los europeos eran con relación a sus obras lo mismo que nosotros con relación a las nuestras: infinitamente superiores a sus realizaciones. Me equivoqué. Di con técnicos. Técnicos del saborear. Técnicos de la escritura. Técnicos del querer. Técnicos del cálculo. Me sorprendí al comprobar que la producción era superior al productor. Sus obras resumían lo más valioso de cada uno, acrecentadas por el esfuerzo coincidente de los antecesores. Cada hombre está íntegramente en su órbita. El labriego es el mejor labriego y el historiador, el mejor historiador, nada más. Pero no sentí en ellos esa congestión de posibilidades, ese atrancamiento de pasiones, esa desorientación de solicitudes, ese afán de determinar inhallables que había sentido palpitar en la entraña joven de mi tierra. Días hubo en que me gané mi pan barriendo la nieve de las calles de París, pero en ningún momento se me privó de la posesión de cuanto es más grato al hombre: la doble carne tibia del hambre y del afecto. Sin embargo, nunca me he sentido más solo e incapaz de comunicación. Allá no entienden el vibrante lenguaje de nuestro silencio con que expresamos lo que no podría expresarse de otra manera. Allá, en la butté Montmartre, ella recitaba su técnica de amor, pero lo único mío era una luna lúcida y rechoncha, una luna porteña que espiaba jovialmente por un ojo de la noche.

En Europa se produjo el mágico trueque de escalafones del que aún me sorprendo. Fue un inusitado cambio de niveles, algo así como un sifón que se colma y de pronto vacía el recipiente que iba llenando. El pasado se reincorporaba en mi espíritu con apuros de reconsideración. Comprendí que nosotros éramos más fértiles y posibles, porque estábamos más cerca de lo elemental. La revisión fue brusca y profunda. Hasta la historia de los hombres de mi tierra, de la que estaba atosigado por una didáctica torpe e insistente, se abrió ante mí como si sus hechos fueran las ridiculas procuradoras de la sabia del futuro. La pro-

habilidad de una fe encontrada en el seno mejor de mi propia entraña se expandió súbitamente.

Cada creencia implica una concepción propia e integral del mundo, y la mía naciente presuponía un imperativo de primordialidad, una virginidad mantenida a toda costa. Era preciso mirar como si todo lo anterior a lo nuestro hubiera sido extirpado. La única probabilidad de inferir lo venidero yacía, bajo espesas capas de tradición, en el fondo de la más desesperante ingenuidad.

Así brotó en mí una fe alegre. La alegría viene de adentro, es una creencia armónica tan bien calzada con el ser que no necesita deshacerse en carcajadas. La legítima alegría es una incandescencia del espíritu. Desde entonces mi vanidad es, no de libros leídos sino de vidas hojeadas en que sentí similitud con la mía. Mi orgullo: el saber licuarme entre los hombres que sienten como yo. Mi fe: la de que los hombres de esta tierra poseen el secreto de una fermentación nueva del espíritu.

Ausculté la ciudad por todos sus perímetros. Vi el río joven profundizar sus canales y trazar su cauce. Vi la pampa inaccesible y el humo de las chimeneas y del aliento del hombre que asciende en lentos halos incendiados por el recogido sol de la tarde. Ya sé los hipos de los autos, el zumbar de las dínamos, el voceo de los mercaderes, el pregón de los baratilleros y el puntilloso deletrear del niño. Cada casa con su bulla y su color fundidos en un solo ulular grisáceo que cimbra en cadencias

sordas... Era la magnificencia del progreso hablando y no me interesó. La ciudad se me ocurría opaca e inerte.

La ciudad es de tierra cocida y extiende entre cilancos su estructura petisa. Está inmóvil. Unas casas son más altas, otras más bajas. Calles hay rectas y torcidas, angostas o anchurosas. Pero hay un pedazo particular en la emoción de cada una. Un pedazo que como un miembro palpitante del recuerdo, un elemento del enternecimiento. Ese edificio, mudo para todos, cuenta la persecución de una muchacha hace diez años. Esa cuadra del primer rubor supo tus quebrantos, luego, y tu aniquilación paulatina. La aventura posible embanderó cada cuadra y cada barrio, y la afección personal da una perspectiva a cada perspectiva chata.

Mas aún no era mi presentida ciudad. Hay algo, en esta confesión, de vida incompleta, de involuntaria restricción, y el que cercena una parte de su ser más profundo pierde su equilibrio y lo que hubiera sido unidad poderosa se desgaja en violencias, en alternativas o en la concentrada ebullición del desencanto.

Me reincorporé a la monotonía innumerable de la vida porteña. Me insumí en ella. Vi mis días como granos en que mi vida se desmoronaba. Esa carcoma llegó a mostrarme lo vivo y actual como ya deshecho y podrido. Mi unción seguía implacable descascarando el frente impasible de las casas y de los hombres. Entrevistaba zaguanes con rastros de

intimidad, recogía intenciones, reencontraba inocencias en desafueros, castidad en aparente lujuria. Rehacía en la ciudad opulenta la tímida ciudad interior. Recomponía. Imaginaba. Conocía.

Un inmenso vacío circundaba y pesquisé un testimonio trasmisible de mi recóndito conocimiento. Quería formas expresivas para ese silencio adverso en que consientes, para esa prontitud arisca en que te acorralas, para ese mirar como si nada fuera nuevo y todo hubiera sido tuyo, para ese deslizar de tu pasión sobre la pasión ajena, para esa sonrisa sin nada en que disuelves tu ventura, para ese estar en vigencia, así como todos en cada uno y cada uno en ninguno.

Presumí incapaz a la sola descriptividad. Mi vocación es de realidad y de atenerse a ella. El mundo es un sueño que no debe desvanecerse, un sueño que debe defenderse a toda costa, un sueño al que de cualquier modo debe conferírsele una eternidad. Pero la realidad no es la materia ni lo sensorial exclusivamente. La casa en edificación asciende y admiramos la casa y la mano que la erigió. Pero la casa nació de una intención anterior. La intención de una voluntad primitiva. La voluntad de un deseo. El deseo de un espíritu. Ese espíritu era el objeto de mi búsqueda y la manera de connotarlo. La realidad de ejecución es despreciable. El espíritu es lo permanente.

Es miserable la consecución de los pueblos erigidores. Los egipcios dejaron dos pirámides para estupor de botarates, los persas unos leones y perfiles de tachuelas cincelados en la piedra. En cambio aquellos hindúes haraganes encontraron la fuente de toda filosofía. Por occidental que parezca, no hay especulación que de ellos no emane. No hablaron

casi, no testificaron nada más que la reducción última de su pensamiento y de su sentimiento más puro, y la energía latente de su estatismo prosigue desconcertando sucesivamente a la dinamicidad europea. El Ganges, suspiraban ávidamente César y Alejandro. El Ganges irreductible, prosigue musitando Inglaterra entera.

El que nada hace puede hacer más que el que hace, puede elaborar su propio espíritu. El nada hacer no significa inactividad. Para el espíritu, la forma y su presencia es un estado de acción, es la acción misma en toda su posibilidad y extensión. Una rodilla no puede flexionarse lateralmente sin dejar de ser rodilla, y el que tiene alas algún día volará. En potencia, está volando siempre. El espíritu, como el corazón del hombre, no cesa mientras existe. Su detención es su destrucción.

Penetraba sin determinación en la entraña de la ciudad, porque hay jerarquías de voluntad, de sentidos, de arrojo, de inteligencia; formas de mensurar su tenacidad, su aptitud de aguante, su longitud de constancia, pero no hay jerarquías de espíritu. En él todo se equivale porque es suma y resumen.

El espíritu yace en el fondo de la realidad. El espíritu es la perla de la realidad. Para alcanzarlo hay que zambullir hasta las napas primordiales, perforar las olas de lo contingible, resistir la comprensión, soportar el ahogo y discernir en la profundidad.

El espíritu no son las palabras y ni siquiera las ideas. El espíritu es mudo y sordo como otra energía. Por eso, más cerca de su localización y hallazgo está el sentidor que el pensador.

En este sorites yo quise determinar una subconsciencia mía:

> Las formas del cuerpo son anécdotas del cuerpo, como los gestos, timbres, colores y olores.
>
> El cuerpo es una anécdota del espíritu individual, como la lealtad, la memoria, la perspicacia.
>
> El espíritu individual es una anécdota del espíritu de la tierra, como el clima, el ambiente, la idea fundamental, el tono del cielo, lo que no se precisa: germinación de una esperanza.
>
> El espíritu de la tierra es una anécdota del espíritu cósmico, como es posible que también en otros círculos siderales exista.
>
> El espíritu cósmico es una anécdota de Dios, ser pluscuamperfecto de toda acción.

Para rozar la extremidad hay que someterse a la humildad de no eludirse a sí mismo y sondar en sí lo estructural, catear esa parcela de perdurabilidad que en nosotros anida y que es como el granito básico de nuestro azar emocional e intelectual.

Lo imprescindible es a partir de lo propio: de sus ojos, de su emoción, de su impulso. Andar su camino con sinceridad despiadada y sin asombros de sí mismos. Decir empequeñecidamente: yo, y sentir que

ese pronombre se hincha hasta ser inconmensurablemente más grande que uno mismo.

Así advine a la expansión de voluntad lírica, único vaso comunicante en que una transfusión de esencias es factible. Lo demás puede ser repetido, pero no absorbido. Es información no consubstanciación. Puede ser petulancia o ficticio principio de autoridad, pero no verdadera consolidación. La emoción solamente es transferible y de ella es la imagen. La imagen puede requerir un libro o toda la obra narrativa de un hombre, pero la comunicación es casi siempre instantánea. Una mirada suele bastar, una palabra, un apretón de manos o una idea exactamente emitida. Di, pues, en ser resumido. Lo que así no fuera, no sería de ninguna otra manera. Me exigí mínimos progresivos. Ellos se irguieron en afirmación de imagen.

Cuando es fidedigna, la imagen es la suprema probabilidad de comunicación humana. Los demás productos de la inteligencia son chacharas. Todo lo que se ha corrompido en el mundo, se ha corrompido por buenas razones. Esa frase fue de Hegel. Al repetirla la hago mía. Lo cierto es que el fruto mejor de la inteligencia aislada, la ciencia y su arrogancia, no es más que un bastardo espionaje del mundo. Algún día esto será demostrado y la demostración será también una impotencia, porque provendrá de un sentido del mundo fraccionado.

La opción, pues, de estas expresiones no fue sino escasamente decidida. Pero lo sincero es forzosamente pariente de lo sincero. Hay palabras gastadas, pero la pasión que las empapa no puede haber sido manoseada aún por otras palabras. Digo Dios, por ejemplo, y ese Dios

no es señor de cultos profesados ni está en servidumbre de dogmas vigentes. El dogma es una fe anquilosada. Los dogmas se pervierten de inmediato en el empleo del hombre y todo dogma pervertido es un concepto enconado contra el hombre, en que yo estoy.

Este Dios es menos servicial de plegarias, ex votos y salutaciones. Es el módulo intangible del sentimiento. La única solución verbal de la limitación lógica. La ligazón extrema de todas las coexistencias. La respuesta de todos los paralogismos. El nudo de los afectos y pavores. La posible consolación. En una palabra, en la anarquía sin norma de los aconteceres, el concebir de una constancia.

Nada hay más cercano a Dios que el hombre multiplicado por sí mismo en la potencia humana de la muchedumbre, porque ella es la expresión de la tierra y la voz del tiempo que la acuna. Pero la multitud no es nada más que un hombre aislado, reducido a su limpieza elemental de hombre, en que lo inmanente aflora y se proclama. Un solo hombre aislado, también es Dios cuando no es nadie, cuando es un simple festón de tiempo que en él madura, detenido.

Esta es la tierra sin nada, tierra, para nosotros, huérfana de seducción visual y de intimidad concreta. Es la tierra de crearlo todo, hasta la tierra misma. Solamente el espíritu del hombre puede engalanarla y acercarla a su Dios, que está esperando.

La paleontología y la semántica podrían demostrar, con argumentos razonablemente irrecusables, que el primer hombre del mundo germinó en esta pampa argentina. Pero dentro de nosotros mismos hay una demostración más integral aún. Son chispazos de primitivismo que hienden de cuando en cuando la oscura rutina de nuestra aparente cultura, en que todo es ajeno: la sangre, la técnica, los dioses. En esas efímeras y apenas perceptibles manifestaciones del espíritu de la tierra pervive la única probabilidad de grandeza auténtica, porque en lo elemental Dios y el hombre están frente a frente, creándose mutuamente.

EMOCIÓN PARA AYUDAR A COMPRENDER

Corría el mes de octubre de 1945. El sol caía a plomo sobre la Plaza de Mayo, cuando inesperadamente enormes columnas de obreros comenzaron a llegar. Venían con su traje de fajina, porque acudían directamente desde sus fábricas y talleres. No era esa muchedumbre un poco envarada que los domingos invade los parques de diversiones con hábitos de burgués barato. Frente a mis ojos desfilaban rostros atezados, brazos membrudos, torsos fornidos, con las greñas al aire y las vestiduras escasas cubiertas de pringues, de restos de brea, de grasas y de aceites. Llegaban cantando y vociferando unidos en una sola fe. Era la muchedumbre más heteróclita que la imaginación puede concebir. Los rastros de sus orígenes se traslucían en sus fisonomías. Descendientes de meridionales europeos iban junto al rubio de trazos nórdicos y al trigueño de pelo duro en que la sangre de un indio lejano sobrevivía aún.

El río cuando crece bajo el empuje del sudeste disgrega su masa de agua en finos hilos fluidos que van cubriendo los bajíos con meandros improvisados sobre la arena, en una acción tan minúscula que es ridícula y desdeñable para el no avezado que ignora que ese es el anticipo de la inundación. Así avanzaba aquella muchedumbre en hilos de entusiasmo, que arribaban por la Avenida de Mayo, por Balcarce, por la Diagonal...

Un pujante palpitar sacudía la entraña de la ciudad. Un hálito áspero crecía en densas vaharadas, mientras las multitudes continuaban llegando. Venían de las usinas de Puerto Nuevo, de los talleres de Chacarita y Villa Crespo, de las manufacturas de San Martín y Vicente López, de las fundiciones *y* acerías del Riachuelo, de las hilanderías de Barracas. Brotaban de los pantanos de Gerli y Avellaneda o descendían de las Lomas de Zamora. Hermanados en el mismo grito *y* en la misma fe, iban el peón de campo de Cañuelas *y* el tornero de precisión, el fundidor, el mecánico de automóviles, el tejedor, la hilandera y el empleado de comercio. Era el subsuelo de la patria sublevado. Era el cimiento básico de la nación que asomaba, como asoman las épocas pretéritas de la tierra en la conmoción del terremoto. Era el substracto de nuestra idiosincrasia y de nuestras posibilidades colectivas allí presente en su primordialidad sin reatos y sin disimulo. Era el de nadie y el sin nada, en una multiplicidad casi infinita de gamas y matices humanos, aglutinados por el mismo estremecimiento y el mismo impulso, sostenidos por la misma verdad que una sola palabra traducía.

En las cosas humanas el número tiene una grandeza particular por sí mismo. En ese fenómeno majestuoso a que asistía, el hombre aislado es nadie, apenas algo más que un aterido grano de sombra que a sí mismo se sostiene y que el impalpable viento de las horas desparrama. Pero la multitud tiene un cuerpo y un ademán de siglos. Éramos briznas de multitud y el alma de todos nos redimía. Presentía que la historia estaba pasando junto a nosotros y nos acariciaba suavemente como la brisa fresca del río.

Lo que yo había soñado e intuido durante muchos años, estaba allí presente, corpóreo, tenso, multifacetado, pero único en el espíritu conjunto. Eran los hombres que están solos y esperan que iniciaban sus tareas de reivindicación. El espíritu de la tierra estaba presente como nunca creí verlo.

Por inusitado ensalmo, junto a mí, yo mismo dentro, encarnado en una muchedumbre clamorosa de varios cientos de miles de almas, conglomeradas en un solo ser unívoco, aislado en sí mismo, rodeado por la animadversión de los soberbios de la fortuna, del poder, y del saber, enriquecido por las delegaciones impalpables del trabajo de las selvas, de los cañaverales, de las praderas, amalgamando designios adversarios, traduciendo en la firme línea de su voz conjunta su voluntad de grandeza, entrelazando en una sola aspiración simplificada la multivariedad de aspiraciones individuales, o consumiendo en la misma llama los cansancios y los desalientos personales, el espíritu de la tierra se erguía vibrando sobre la plaza de nuestras libertades, pleno en la confirmación de su existencia.

La substancia del pueblo argentino, su quintaesencia de rudimentarismo estaba allí presente, afirmando su derecho a implantar para sí mismo la visión del mundo que le dicta su espíritu desnudo de tradiciones, de orgullos sanguíneos, de vanidades sociales, familiares o intelectuales. Estaba allí desnudo y solo, como la chispa de un suspiro: hijo transitorio de la tierra capaz de luminosa eternidad.

AGRADECIMIENTO PARA EL PROTAGONISTA DE LA SOLEDAD

Los denuestos de los poderosos no los afectaban: sabía que la eternidad era suya. Estaba dentro de su covacha, como el espíritu dentro de su cuerpo.

La base de tu historia era tu sueño
Y este choque de luces te envuelve.

Nada más que rutina y lenta muerte
es tu presencia sin tu imaginación.

Sé que los otros mundos se construyen
con la dura piedra y el tajante acero.

El tuyo es de carne y deseo del hombre,
Mundo sin nada que la nada vence.

El espíritu del hombre es el hombre
disuelto en el camino de los años.

Hoy te siento arquitecto de la vida,
forjador de un extremo de los hechos
en que el nombre de un Dios se perfecciona.

Tu te alzas como un humo de las cosas.
Como el humo imaginas en el aire.

Asciendes sin saberlo, como el humo.
Como el humo te quedas para siempre.

Tan solo aire y aroma del espíritu
te quiero, hombre sin paz que aquí te quedas
entre imágenes asido, leve y bueno,
con tu dolor perdido entre las calles.

No hice nada más que oírte *y* comprenderte.
De tu humilde grandeza soy su rastro.

CUATRO INEXISTENCIAS DEFINEN UNA GRANDEZA ESPIRITUAL

El misterio zumbaba en el mediodía
evidente de la pampa.

Tierra de cuatro vientos
Y un sol alto.

Hito móvil, el hombre
Es medida del hombre
Que está en ella.

El deseo del paisaje
Es su paisaje.

La noche es casi nada
En su aventura.

Luces verticales
Tejen su misterio.

Tierra de cuatro vientos
Y un Dios alto.

El Río de la Plata es un río joven que está cavando su cauce, no un río viejo que cegue sus canales, decía en un informe técnico el ingeniero Jorge Duclout.

Cementerio de ríos y de lluvias
Una muerte de aguas es tu vida.

Deslizado charco sin orillas,
Mudando sigues
Y avanzando quedas,
Siempre besando la ciudad frenada.

Pampa líquida:
Tu solidez es casi una humedad del viento.

Por no ser nada eres gran río,
Anticipo del mar,
Y hacedor de soles y de lunas.

Para el botánico, el ombú es un yuyo gigante. Para el hombre de la pampa, el amigo vegetal de la inmensidad.

De años sin materia es la substancia
Y de tiempo trenzado sobre el tronco.

Árbol que no es árbol verdadero
Un árbol que no sirve para nada,
Una simple hierba erguida hasta su cielo
En una prodigiosa arquitectura
De toda inexistencia material.

Su tronco verdadero es el afán
De ser igual a sí, sin flor ni fruto:
Un protector de pájaros y vagos,
Horizonte cercano y mano amiga
Que se eleva rezando sobre el campo.

Con restos por los otros despreciados
Trazó un círculo de sombra siempre suyo
Que imana el corazón de lo que vive
Con certeza de punto cardinal.

Por no querer ser nada es un gran árbol,

Imagen del destino en que se afirma
La grandeza de la tierra que lo hizo.

Sobre la disgregada ciudad dormida,
la luna era el sol de un mundo de almas
solidarias.

Una lenta luna me visita
en la preclara noche,
con su estéril pedacito de tiempo a contramano
pegado en la ventana.

Viene desde mi juventud,
como una lágrima indolora
en la congoja impávida de las cosas.

Su frase de luz
tiene la elocuente dicción del sordo mundo.

Yo me llamo en ella
El sin nadie y el sin nada,
desnudo y aterido grano de sombra
que a sí mismo se sostiene
y que el impalpable viento de las horas
desparrama.

Su luz aniquila,
pero su punta de fuego

perfora una esperanza:
Con los llantos enjugados por la tierra,
con los inmensos cariños soterrados,
con las agudas risas extinguidas,
con las constancias de afecto desaparecidas,
cada uno alza su plegaria,
fracción de una plegaria
caliente y eterna como el sol.

PERENNIDAD DE LA AUSENCIA AGRESTE EN LA TIERRA VIRGEN

La sombra de la nube establecía su casi única realidad de campo.

Tierra sin precedentes
Del para siempre y sin objeto.

El sin nada
La llena de esperanzas.

Destrucción de vida la construye.
Quietud de muerte la sostiene.

El cielo acerca
Su constancia de cielo,

Y elástico brote de tiempo
La conquista.

Desde el reparo de su silencio miraba como la tierra sin nada se disolvía en la noche.

El horizonte se retuerce en la pasión.

En el absorto gotear de los minutos,
Voluntad de ojos crean
En el vacío del ser plástica carne.

Zumo presente,
En la tierra sin nada soluble.
El que pasa eres, quedando.

La noche te acerca y te concentra,
Y ya más tarde
El cielo alza su clamor de cielo
Y el aire zumba tu canción de siempre.

Bajo el alero de su rancho canturreaba despacito, como si no fuera nadie.

Un rulo de voz
Trenza el espasmo de aire
De un sol candente.

El hombre ciñe sus ojos
En el tiempo tenaz
Que llega desde el fondo de los mundos
A lastimar sus presentes.

Solo en el aire,
Como la chispa de un suspiro,
El hombre tiene un Dios
Que se sustenta con sus horas.

El de siempre es Dios cuando no es nadie:
Un rulo de voz que trenza
Un espasmo de su continuo tiempo.

Conversación para siempre que alguien escuchará.

Yo venía del cielo y te encontré,
tierra de cielo verde y sin presente.

El mundo es nada en el vacío en que vas
de ayer a siempre, contigo, eternamente.

Yo no sé el rezo que vendrá a orar
junto a mí en la noche estable,
ni qué rayo de luz quebrará esa calma.

Quiero ser así, para siempre.
De veras en quietud la nada,
y no llorar lo que nunca fue ni quiso ser.

Sin ser un Dios, por nacer te mueres
y en tu muerte avanzas y te salvas.

La luz te recoje y te enaltece
en el verde cielo de la tierra.

El río del borde doblaba los juncos y mis ojos cuando este consuelo de palabras se anunció:

Y el agua iba
Y el agua va
Y el agua irá

En su fugacidad cobijo
Mi salvación de olvido

Sin ser el mismo
Y sin dejar de serlo

Como el agua fui
Como el agua voy
Como el agua iré

Todo el mundo estaba en la punta de sus dedos hurgando las cuerdas de la guitarra y en el círculo de fuego del fogón.

Las Junas de mi tierra
Cimbran en la completa noche.

La llanura se recoge
En el pequeño disco de la visión.

El poblado de hombres se encoge en mi corazón.

Un lento ulular cadencia el aire impalpable.

Un fino hilo de angustia viene de lejos.

El hombre mira sin saber qué mira.

Una ilusión florece en la fecunda luz
Y el fogón de sol nos distiende y aconsuela.

La extensión está con los brazos abiertos llamando el riego de tu voluntad.

En la tierra concisa,
El sin trofeo y sin hazaña
Su conjunción proclama,
Pues de campo somos y en campo estamos.

Tierra madre es madre, esencia y fin
Nota alzada y canción justa.

No seas vano en desterrado turno.
La tierra espera el canto de tu espiga.

En pampa vacua, sembrado de luces
Dan existencias con olor a mar.

Asía su mate con solemnidad litúrgica, como si sostuviera su propia razón de ser. No sabría decir si estábamos en el campo o limitados por las paredes de un cuarto urbano.

Así eras, así fuiste, así serás.
Solamente un alma sin presencia;
una voz de lo extenso y lo continuo.

Nada te dio el margen de su cuerpo.
Nadie reveló tu milagrosa esencia,
vacío inasible de la extensión sin límites.

Dolor sin voz y sin objeto: ausencia pura.
Inhumana cerrazón de lo sin margen,
Expresión de las tardes de mi tierra,
Quizá sólo un mate te traduce.

Y esta es la canción para una ausencia
Que no tendrá ojos que la lloren.

La quietud latía al mismo tiempo que su corazón.

El silencio canta en la noche sin luna.

Cae la soledad y advenediza asienta
Esa calma débil en que flotas, penando.

El cielo arriba y tú debajo,
Interpuesto entre la voz que clama
Y tu ansiedad que espera.

El silencio es la dicción de Dios
Que está en tu corazón.

En ese mediodía eran tan inmanentes la tierra y el sol como el hombre que los unía.

Tostado iba,
Con su sol ya carne,
Humilde en la ola del follaje,
Rociando de ilusiones su miseria.

Parpadeaba a ratos
Su destino de hoja móvil
Y su insecto de quereres
Se alzaba hasta su Dios,
Zumbando.

Siglos y siglos para él.
Siglos y siglos en él recientes.

Azares de sus días de hoja roja
Se hunden en sus tardes.

Alma de légamo
En que florece lo de otros dejado:
Una esperanza y una canción quizá.

ESPÍRITU DE LA TIERRA COCIDA

Desde el remate de la Torre Güemes, sobre la hirsuta cascara de la ciudad, derramé estas palabras de bien andanza apasionada, que pueden ser repetidas.

Siempre de espaldas, ciudad, te veo
En plegaria hincada sobre la tierra.

Erizas con torres tu ternura blanda
Y quizá oras por mi destino
Hija y madre en el signo de los años.

Collar de vidas y de muertos queridos
Te embellecen.

Gran ciudad de barro:
Tu alma es el humo
En que nuestras almas arden.

Gran ciudad de barro:
Gran alma que sueña
Junto a la orilla verde de la vida.

Me pareció que el rumor del tráfico
tenía el ritmo de un latido.

Ciudad de mar sin agua
Vastos imaginados flujos y reflujos
Compelen el rostro de tus hombres.
En cauces de dolor ruedan las risas
Y el espíritu salta más allá
De tu horizonte
O en la punta misma de tu corazón.

Ciudad -la sin amor- que ama
Tu plegaria es esta ilusa frase
Que te busca y te persigue.

Ciudad ¿-sino a ti- a quién diré
Lo que tengo para ti?

En calles y campos
Con mi Dios sencillo,
Constructor de tiempos,
Mi destino arrastro,
Mientras el alto sino
Flota sobre ti
Como una aureola.

Transitaba en la calle de su rutina. Sus ojos parecían despegar viejas calcomanías, sólo para él visibles.

Ojos de junio en la calle porteña.

Labios sin carne bendicen
Su lejana adolescencia.

El cielo vuelca en la estirada calle,
La sin ventura entera,
La mancha de vida de un presagio.

Disuelto pasa
El sin amor que ama,
Pasajero deshojado en el desdén.

Racimos de sol exprime
El inacabable tránsito,
Donde sin ver mirando avanza
El perdido en la extraña tumba de los días.

Angustia de aire lo solaza
Disuelto en sus penas y severo
Junto al aire cordial, meditabundo.

Era la única luz de zaguán que se veía en la noche.

Urgencias de vida la calle posee.

Mustia se abre en la penumbra,
y triste junto al hombre que la oye
y la medita en virtud de la noche.

Es un patio que el sufrir mitiga
y hasta la muerte se amansa
bajo la eléctrica luna de los focos.

Calle de aventuras sin latido.
Calle de recuerdos mancillados.
Brújula de penas para niños que son viejos.
Sobre ti yo camino sobre mi propia sombra.
Calle de Buenos Aires que nadie nombra.

Los autos y tranvías agotaban su minuto de consumo. Hinchándose despacito, un caballo conquistaba la eternidad en el borde de la vereda.

Muerte la más muerte fue tu muerte.

Tumbado en la calle trajinosa
En tu quietud los siglos se presentan.

Ya estás sin años para siempre
Señor del tiempo, inerme para ti.

Tu cuerpo ya sin margen dicta
Hermandad de finales con el hombre
También sin años señor de su destino.

**La ciudad del tráfico diurno se rinde
sin esperanzas a la soledad de la noche.**

Bancos de día:
Grandes cajas de sueños.

Bancos de noche:
Finanzas del silencio.

El oro del día
Se derrama en la noche de Corrientes
Mientras el Banco duerme.

Sin porteños dentro,
El Banco es en la noche
El despreciado cofre de oro inerte.

El oro vivo está en la noche
En el anca suelta de las mujeres.

Iba silbando unido a su calle constante. Con cada paso avanzaba sesenta centímetros. No se sabe cuánto avanzaba en cada incertidumbre.

En sumida historia se conversa
La hebra de aire lo difuma.
La seriedad madura de la tarde
Lo ciñe en su ventura.

Y el de siempre sonríe indiferente.

La calle niega su ternura arisca,
La luz se infiltra y se repite como un eco.

El cotidiano volverse a la rutina
Se extiende en longitud de siglos.

Debajo de la piedra está la pampa.
Arriba de la piedra su esperanza.

Con su punta de aire va tejiendo

Historias de otros para sí,
Y para otros sazonando ceniza de sus días.

En la calle sin nombre,
Un cualquiera que silba:
Fecundador del tiempo que camina.

PRESAGIOS
DE LA
MISTICIDAD CREADORA

Miraba la calle mientras paladeaba su café. El mundo exterior cabía en la pequenez de su pupila. La esperanza del mundo, en su fantasía.

Hombre que vino desnudo y entero
En el amanecer del mundo
Como un simple festón de tiempo
Que en él madura, detenido.

Persiste su instante con tenaz constancia
Y el hombre es eterno en cada hora
En que advierte el milagro de su ser.

Hubo un hecho lejano de fieras
Y florestas, según dicen, en que Dios
Entreverado con los hombres
Nos dio pan de eternidad visible.

En un resto de oscuras pasiones
Y climas interiores levantados,
Como un amanecer, disipa incertidumbres
La evidente constancia de tu apetecer.

Brote de aire, un sin nada,
Solamente un suspiro y un deseo

Justifican tu presencia
Y te adhieren al margen de la tierra
En que te mueves.

Los conocí ásperos en la luz, tiernos
en oscuras calles de amistad.

Como goteo de minutos
En el reloj de toda hora
Las palabras se pierden
En el aire tibio de la calle.

Sólo queda de ti la ceja que medita
En la hermética caja de la noche amiga
Bajo el asombro cordial de las estrellas
En el casto barrio sin murmullos.

Dices y borras en la alta noche
De la ciudad nocturna.

Y así dormido vives,
Que en el día tu incógnita maraña
Tus vigilantes razones velan.

Fue en la viscosa actualidad de una milonga donde estas palabras encendie-

Pontífice de ausencias
Inspirado en la tardanza.

Los pies dibujan la canción de cuna
De una adhesión perdida.

El deseo del hombre es una magia
Que al tiempo vence y su distancia,
Y reconstruye
Con el mundo actual el mundo extinto.

Plano de la milonga y su reír
Es un revuelto llamar de fantasía,
Un modo de ser todos, sin ser nadie.

Palabras de mi salvación que quieren ser de otros. El saber, como el viajar, recala en formas primitivas.

El salvaje soy.
El sin cultura en la cultura.
Sin normas ando
En mi escondido ser caminos nuevos.
De mucho ver,
Letras de olvido sé.

Uno más que no es nadie,
En albedrío vasto y suelto
Y siempre nuevo
En la imaginación sin tasa del destino.

De gusanos vengo y a gusanos voy,
Sin ser así.

Ritmo dúctil, en tu alma mi alma queda:
Historia de una esperanza para ti.

Estaba entre todos y lo conocí: era el más típico nadie, el común denominador, un simple malevito.

Pasaba como un número entre números
Era el sin nada y el de nadie,
Tan para sí entero y personal,
Tan nadie de afuera para otros.

Jamás figurará su nombre en prodigio de hechos
Ni su efigie ornará la sombra del pasado,

Pero él ya tiene una eternidad
En el canto que sólo su corazón escucha,
Canto que pasa y queda
Como la lozanía que el rayo de sol
Deja en la tierra que acaricia.

¡Qué juntos mundos estamos
Entre los dos haciendo!

Él un número y yo el otro.

Miraba, simplemente.

Tus ojos vacíos de presente,
Donde incubas la muerte de tus días,
Simulan mirar hacia adelante
Y miran hacia atrás.

Son ojos sin luz, que van sobre las cosas
Con la sabiduría minuciosa de la sombra.

Son ojos que resbalan sobre el mundo
En la inquietud de la mirada buena
Que colme su noche imperturbable.

Hay momentos en que tu secreto aflora en tu pupila
y es fácil deletrear el lenguaje de tu espíritu.

Flotando a la deriva van tus días y su estela es el
único rastro que dejas en la vida.

Pero yo sé que el ritmo de tus horas resume todo el hechizo que agregas al paisaje.

Cuando logre alcanzarte, prometo construir con tu dolor inexistente la alegría permanente de tu convicción invariable.

Aquel adolescente ignoraba que en su esperanza rebrotaban todas las esperanzas sembradas en la tierra virgen que está debajo del pavimento.

Un cielo de Dios que se mira querer,

Un pájaro de silencio en la sonrisa,

La lluvia del recuerdo que gotea,

Un pensamiento que se anuda en la pasión,

Y el tiempo venidero, en que lo pequeño

Será grande,

Convergen en la línea sinuosa

De tu esperanza sin luz,

Que para otros germina.

Sentado frente a su café era en la noche un hombre distinto.

Un gran silencio se consume
en palabras sin sangre que se aplauden.

Una luz muy neta se disipa
en los ciegos ojos del mirar del día.

Una quietud muy honda se perturba
en el frenético latir de la ambición.

Un ceñido cariño se disuelve
en el perverso amor que te consuela.

Centrado en sombras, el ya sin nada
su vida fermenta en la reserva.

Mosto nuevo de un placer por nadie conocido,
un exceso de vida lo sofoca.

El perdido silencio lo sostiene,
La humildad de la tierra lo solivia,

Hombre semilla, de la ventura germen,
en el rostro de otros tiene un rostro.

Despunta la tarde cuando yo vi sus muchos ojos de no querer trotar en negocios por la calle Reconquista.

Intacta noche de amor
Va iluminando
El plácido fervor del mediodía,
Mientras tú te diluyes
En objetos sin ley que te persignan.

Caras mansas y sombras
Aventuran tus días callejeros.

Más solo estás no estando solo
Que en tu soledad.

Ya estás llegando
Al cabo de tu desesperación.

En tu aridez desciende
La fina lluvia de una devoción.

Me dijo: "¿Y quién podría confesárselo?"

Canto al hombre solo entre los hombres,
Al hombre solo junto a sus padres,
Al hombre solo junto a su esposa,
Al hombre solo junto a sus hijos,
Al hombre interminablemente solo
Como un minuto cualquiera.

Canto al misterio de las cosas que no dice
Ni dirá,
Ni podría decir.
Al misterio de las cosas que siente
Ha sentido y sentirá.
A la soledad de sus deseos,
Que nadie comprendió,
Ni comprenderá.
A la soledad de sus angustias.
A la soledad de sus placeres.
Al hombre solo en la tierra y en el mar,
Inquebrantablemente solo
En la tristeza y la alegría.

Canto a los millones
de niños, de hombres y mujeres
Que están solos
Y a la espera de Dios.

Tenían, reunidos en la plaza pública,
un variado olor de todo el mundo pero
su callar era ínsito y común.

Cepa de nadie, savia de aventuras
Lo ominoso es rango, vena, estirpe
Y núcleo de invisibles espirales.

El dinero es festejo de la carne
Y en reclamo alegre
Elude su tristeza, acaso,
Pero silenciera rectitud concierta
Al abúlico de sí
De todos celador celoso.

Pueblo grande en tema chico
Su delirio sordo empequeñece.

La veracidad excluye el prematuro ser,
El sin facción aún, pero ya magno,
En soterrada plenitud invisible,
Ya madre de fluyentes espirales
Lisas como el mar y como mar proficuas.

Quiso hablar y no pudo. Era lo incomunicable, su más humano.

Desiertos para el hombre son los hombres.

Receptáculo cerrado, el hombre guarda
Cosas no dichas que no podrá decir.

Anterior minuto extraño al subsiguiente
Es de nadie comprendido.

Imperceptible legado de infinitud
Va dando cada uno,
Uno al otro ajeno y sin lenguaje.

Están solos como Dios
En las cosas cotidianas.

Nos mirábamos como si no tuviéramos nada que decirnos.

Aquí estamos silenciosos
Encarados al problema de saber qué nos decimos.
Almas filosas que andan cortando el tiempo
Carnes blanduzcas que el tiempo agosta.

No sabría cómo llegar a ti mejor.
Palabras más sobrias y no dichas quisiera,
Palabras no manchadas por tu experiencia,
Palabras sin resonar de tambores,
Ni rastros de angustias pasadas.
Palabras sin adolescencias ni penurias,
Palabras inmateriales e intemporales
Como tu emoción, presente y una cada vez.

La tarde y la noche preludian un idioma
Que el día desvanece.

Yo digo lo que puedo y como puedo.

La voz es más grande que el hombre que la dice:
Un collar de aire para los corazones sin paz.

Y yo sé que me comprendes.

La oí callar y así pude mensurarlo.

La grandeza del pecho de varón
Contiene:
Tardes que se entraron
Con su luz de a poco,
Y noches y tristezas,
Y cosas que obraban
Para ser dichas,
Y angustias y lamentos,
Y risas que callaron...
Valores hechos nada
De fuera impenetrables

Pecho de varón
Más grande que una tarde.

Desde tu café de adolescencia mirabas el contorno de tormenta como si fueras a hundirte, y estabas brotando.

Cielos batalladores de nubes
Te conducen.

La torva aversión del cielo
Te consume y ablanda.

Historia de vientos es tu historia
Y procuración de un alma.

Luego es la lluvia
En que ablucionas y limpias,
Renaciendo.

Junto a su ventana aspiraba la esperanza
de su realidad.

Bendición para ti suspira
El fervoroso viento.

La mano de luz de su caricia
Clama a punto tu enhiesta vida,
Aislada
En el puntiagudo minuto
En que te estimas.

La tarde indecisa te realza
Y el coro de sombras
Te concentra
En ese corazón de mundo
Que la noche te ofrece
En su refugio.

El agudo ser se abrasa
En el tumulto de estrellas

Que preparan el día.
Para ti sólo es bendición
El fervoroso viento
Que para ti suspira.

Estando quieto se desplazaba, como si fuera un minuto de eternidad, y era un muchacho cualquiera.

Vibraba en la sombra su quietud
Y la inepta mano subrayaba
Cosas extrañas para todos.

Mil cosas ridiculas y tontas
Trenzaban, sin quererlo, su destino.

Perfume que la tierra eleva,
Tierra misma alzada hasta su cielo.

Hay grados de sinceridad, como grados de saber. La sinceridad acendrada atrae almas como el imán.

Lucidez con frases, amistad lejana,
Temblor de aire que la hondura cava.

Un tumulto estable
En el corazón de humo,
Multitud sin rumbo
En el rumbo del viento.

La distancia se desangra
En la palabra punzante.

Los reiterados objetos imposibles
Se doblegan a la voz, cautivos.

En la sinceridad, la multitud sin rumbo
Adquiere nombre de substancia unida
Y amalgama designios adversarios.

Es uno y otro y da lo mismo,
Eco vivo en que renazco y sigo.

La firme línea de tu voz contiene
En el corazón de humo la grandeza.

Circulaba en el vaivén urbano como una gota de agua en el río.

Destituida luz te incendia,
Brizna de multitud.

De sometida ley tu rebeldía
Es de todos y por todos.

Ser uno entero y vivo es orgullo
Del hecho sin remedo esclavo.

En soledad tu extinción cotizas
y en el alma de todos te redimes.

Era un malevo y murió en pelea. Los cirios amistosos reverencian la eternidad presente en su juventud inmóvil.

Discordias de penas lo abandonan,
Libertador del tiempo
Contenido en él.

Su sangre loa su plegaria de sangre
Que termina su historia, comenzando.

Ya sin deseos de afuera,
Hermético conjunto en sí concluso,
Su ojo eterniza el hilo de espacio
En que se mira.

Vuelve a siempre de siempre,
De la tierra a la tierra,
Y el inagotable tiempo
Para él sahuma perennidad sin cambio,
Pasión ya eterna.

Deja un haz de tardes para todos,
Y noches cabizbajas,
Y una herencia de sueños conjugados
En el temor de ser lo que ya es.

Desde la sombra impávida para mi recojo
La constancia de su incredulidad.

El cirio que lo vela se consume
Y él se queda igual.

Se contemplaba tanto a sí mismo que parecía buscar una verdad dentro de sí.

El llanto de las tardes asoleadas,
Las noches que riegan los veranos,
La vida que se encoge en tus amores,
El ancho mar que vibra en tus deseos
Conforman entre todos la nada en que te ahogas.

Pero en el fondo de tu abismo tienes
Una dura certeza que desdeñas,
Punzón de ideas y de ansias arduas
en que el tiempo se perfora
como un blando lodazal:
punta de hilo que el soplo de la razón abate,
punta de alma que el vivir sostiene.

Nada más que difusa esperanza de palabras
encuentras para ti en mi sostén.
Pero alguien vendrá que te conceda
esa histórica fuerza de la dicha
que en tu fondo está.

Me escuchaba como si yo pudiera decirle la palabra que inconscientemente esperaba decir él mismo.

Yo tenía una historia que decirte
Y entre días sin pena naufragó.

Una historia sin lunas y sin magos
Con un zaguán maduro de pasión.

Entre broches de horas sin objeto
Y palabras que mensuran la esperanza
La canción fue disuelta por las horas.

Templando para un porteño del 2500.

¿Qué pensarás, hermano?
¿En qué lenguaje de tiempo hablaremos,
Tú en la tierra que yo quise,
Yo en el cielo que tú querrás?

Distantes iguales y repetidos
En el aire sin espacio y sin afecto.

Hermano siempre en el desgano
De esta tierra con amaneceres de Dios.

Mirarás mis calles,
Repensarás mis sueños,
Me imaginarás distinto,
Y estaré contigo
Remirando y repensando
Tu tristeza hermana.

El sol de otoño
Nos aligerará a los dos
En la enorme vaciedad del cielo azul.

Vencedor de años,
El viento amigo será el apretón de manos.

La luz de la primavera encendía una visión inédita en su aburrido mundo de todos los días y la enseñaba a comprender.

Cuando el alma está exaltada percibe:

Encuentros de brotes que nacen,
Márgenes del día que esconden amores,
Pasiones del hombre que medran ocultas,
Briznas de aire de aromas lejanos,
Tañidos que nadie escuchó,
Luces sin sombra,
Cuerpos sin manchas,
Ríos que suben,
Almas que anhelan,
Manos que rezan.

Voy por mis calles previendo y queriendo
Y entra en mí lo de nadie pensado.

Voces que no oyen cantan tu alabanza.
Tu cuerpo de tiempo
Se hace presente en mi querer.

Son tus calles tu regazo
Y tu extensa pampa el alma
En que juntos oramos este divino don
Que nos permite estar en el futuro
Hecho presente.

Mateaban, y los supuse inspirados en fe de batallar. Comprendí no haberlos conocido hasta entonces.

El azar se decanta en la indolencia.

La estoica zona se conjuga
En lenta charla de amistad versátil.

Levadiza sinceridad te entrega,
Letrado en ver y en maliciar de todos.

Poderosa unidad, sin disgregarte
Vas rodando más neto cada vez.

De lo tuyo a los otros nada das.
De otros a lo tuyo nada agregas.

En fervoroso don arrojadizo
Destruyes y te caes, o te quedas.

Alma de guija, basamento puro,
Los años se lastiman en tu roce.

La invisible imagen del espíritu de la tierra, se interponía entre su cuerpo *y* su pasión. En la vida era un reo cualquiera, pero era un arquetipo de contradicciones sin afinidad posible.

Los dos párpados de amapola ceden
a la esperanza vestal de su candida
fe, y las fatigas de abrazos perdidos
agobian sus días, sus noches desvelan.

Y es en la clemencia de la penumbra
junto al rincón en que la luz decrece
donde mi unción y la suya amanecen
al ras de una evocación taciturna.

Es la infecunda falacia del sueño
brote de muda canción sin palabras
donde sin muerte de morir se muere.

Las ternuras de expresiones hermanas,
del amor en que a lo inhallable deja,
del tiempo su cuerpo su idea separa.

La oficina se poblaba de visiones,
como una selva.

Era el sin nombre, como yo un número.
Era una errata del tiempo que se detuvo en él
Festejo de una ilusión
Que se desliza entre días.

Almohadón de sueños es su carpeta
Y el edén ese trozo de ciudad solar
Que centellea en las horas de clausura.

Condenado a muerte cotidiano,
Bajo los cielos rasos de la oficina,
Entre hablas de timbas y carreras,
Dibujas un Dios que no conoces.

Alabanza de la dicción inmóvil.

Tu labio traza la curva de tu pensamiento.

Como Dios, llegas creando
De vano fruto árbol,
De árbol selva.

El con misterio en dicción
En el misterio de todos.

Hazaña como el día y milagrosa
Tu dicción convence la pulpa de los hechos,
No el aroma sin forma de los frutos ardidos.

Mágico envión del querer al obrar y ser algo
Tu palabra es la idea de la unción de la tierra.

Comprendí que había llegado a mi cúspide y comenzaba a disolverme en los otros.

Al fin se han juntado.
Vinieron de a pie con los años,
La extrema cadencia del afán imposible
Y la ceja fruncida de mi sordo pensar.

Al fin se han juntado
En la tarde serena.

La fruta brillante del cielo
Se exprime madura en el hondo querer
Que mis manos aprietan,
Y en el amplio deseo
Que el aire acaricia.

Madurez sin lujuria
Mis pensares sostiene.

¡Quien de siempre te viera
Tan niño y tan amplio,
Tan aire de tarde impalpable,
Tan de tierra fructífera el sueño!

Al fin se han juntado
En la hondura del alma
La frase del rezo
Y la voz anhelosa que clama.

Ya todo lo tengo,
Ya estoy solo y unido.

Ya soy sólo mi tierra,
Un alma inmanente y de todos
En cuerpo presente y de nadie.

Era muy pacífico, pero creía que su salvación estaba en catástrofes lejanas.

Las iras se derrumban
En la roja esperanza
Que esparce el polvo de tus días.

Diminuta vislumbre
Te condena
A un ojo de tiempo tan escaso
Que los hechos se tornan impalpables.

Misión de estar
Es tu misión,
Hombre conciso
Como el nombre que te enclava
En la vida pasajera.

Lo tuyo sólo
Es la grandeza que germina
En la sombra de Dios
Que está en tu sombra.

Sus días grises de mediocridad solían iluminarse con relámpagos de íntima sinceridad.

Yo sé de esperanzas distendidas
En que tañen campanas silenciosas
En el corazón del hombre recogidas.

Yo sé de horas precavidas
Con lento pulso cauteloso,
Del mirar vivir y del mirar pasar.

Yo sé de sombras hechas carne,
En la historia de días sin historia,
Que amenguan el pulso y te contienen.

Yo sé de fiestas concilladas
Con canciones lejanas y de todos,
En que pronuncias una oración ajena.

Pero sé de audacias sin palabras y sin pulso
Que animan el acento más sincero
De la vida en que renaces para siempre.

Brotas como un sol de la penumbra.

Como un sol iluminas recreando,
Hijo transitorio de la tierra,
Capaz de luminosa eternidad.

Era un perfecto inexistente, pero su furor era sacrosanto.

Un soporte de suspiros
que no fueron:

Un alma extensa
en campos que no existen:

Un divagar continuo
en el plano de lo inexistente:

Una pobre menta de otro azar:

Lo por nadie querido
Fue lo tuyo.

Siglos que son horas
te consumen.

El tiempo de la historia
es el minuto en que te exaltas.

Lo eterno tuyo es el suspiro
en que habla el germen
que no muere.

La derrota de la acción es una aristocracia del espíritu.

Canto en tu nombre inexpresable
La condición estricta
De los hechos que no hiciste.

Estaba tu impulso en la distancia.
Un año por venir que no llegó.

Sangre de barro bajo tus pies cayó.
Barro de sangre debía de inundarte.

En tu triunfo, el fracaso estaba
Como la muerte está en la vida.

Nadie exaltará lo que no hiciste.
Nadie sangrará los hechos
Que no maduraron en tu pulso.

En tu mundo ya redondo y perfecto
no caben los errores.

Muerto en la blasfemia

Del sin fe y sin piedad,
La derrota te exalta
Y enaltece en el **don**
Que es más que el hombre.

Guiñapo triste, como eras,
Una estrella de despojos
Y esperanzas brilla
En el cielo sin luz
De la desesperanza.

Yo te canto porque eres nadie
Ahora sin nada, hermano,
Que lo fuiste todo.

La pampa comenzaba a existir cuando se reflejaba en sus pupilas y Dios, en su incertidumbre.

Sobre la vasta cuna de la llanura naces,
Esperanza de solidez y de aliento ajeno,
En que un rumor de vida se solivia
Hasta el cielo mismo en que florece.

Yo, de sombras y sin nada, para tu bien predigo
Una frase de perfumes en que exhalas
Un desvaído saber de todos conocido:
Un alma sola y de todos, como el aire que suspiras.

Lamento y goce en que disipas
Una punta de cielo lastimado
Y un corazón que fue de otros generoso
Alzado en plegarias sin nombre y sin palabras.

Mirabas pasar tan vanamente ingenuo
Aquello tuyo y de nadie asido al aire,
Mientras imperturbable escuchas el discurrir airoso
De los tiempos que transcurren perplejos
En tus ojos, tan solos, tan vanos, tan tuyos,
Que la vasta cuna de la llanura
Tan sólo llenan, tan sólo quieren, tan sólo valen.

Un silencio de aromas es tu idioma.
Un no desear es tu deseo,
Un deseo de Dios es el Dios que te vigila,
Alma sin número, ya eterna y presente
En este canto.

PALABRAS PARA LOS QUE SON PADRES

La paternidad es una fantasía apenas más pequeña que la idea de Dios. En ella el hombre se salva del sentimiento de fugacidad. Estas palabras solamente las comprenderán los padres. Después, las comprenderán los hijos, pero no los hijos de los hijos. Hijo y padre, simultáneamente, sólo se puede ser en la comprensión del espíritu de la tierra, que es la mayor cercanía de Dios.

Yo te vi así, hijo, en aquel año de 1940, tan lejano en tu presente, tan mío en este instante de 1940 en que escribo desde el futuro, hoy para mañana, hijo.

Al principio fuiste
Algo mío, más lejos de mí que Nabucodonosor.
Ni mis ojos, ni mi tacto, ni mi beso
achican la distancia que nos une.
Y los días te alejan en su selva de azares.

Eras como mi propio corazón,
de cuyo latir dependo,
pero al que no puedo acercarme
ni me acercaré jamás.

Llego a ti por sendas extraviadas.
En mi sueño de futuro te veo y te siento
Más firme que en el día evidente.

En los hijos de los otros, que la tierra fecunda
en el manto del tiempo,
estabas más cerca de mí
que en el tonto mimo de mi regazo.

Eras una semilla de porvenir,
como el espíritu de mi tierra.

Luego te erigiste en príncipe niño.
Y tenías acuerdos con mares incandescentes
y lunas con sonrisas en cada esquina.

Eran tuyas y no mías.

Yo sentía que mis lunas de amor se disolvían
en el agua de tu imaginación.
Y la brillante estela de mis hechos
eran nada en tu reír
y en el vacío vegetal de tu denso apetecer.

El tiempo era un hilo de seda
en tu capullo de días.
La muerte, un legendario volar entre las hadas.

En tu cueva de imágenes
Comenzó a no caber mi grosera realidad.
¡Qué silencio tenías tan ansioso de formas!

Artífice de un alma,
recogías lo más puro del día
para el arte de tus sueños.
Yo he visto tus cobijas
erizarse de almenas
y brotar alas en tu pecho.

Un destino muy diestro

elaboraba tu ser entre las cosas.

Los días te alejan en su selva de azares,
pero los minutos que me agostan
en ti renacen y te acercan.
Hoy eres la derrota de mi tiempo, triunfador en mí.

Hijo de mi espíritu, carne de mi sueño:
Tú matas a mi muerte con tu presencia.

Tenías cuatro años, yo cuarenta y dos.
Treinta y seis siglos nos separan, ¡tan mi yo!

Desde allá lejos te abrazo.

Yo sentía que era mejor cuando me olvidaba de mí mismo.

De sombra tejida en fantasía
Te hubiera cubierto, vida mía,
Si mi vida hubiera sido
Aquel huerto tranquilo que pensaba.

La adolescencia de la tarde
Se deshoja en hilos de sueño
Que flotan aún en el aire lacio
De los días apacibles.

Trombas de pasiones te sacudieron
En su entraña, vida,
Y como pavesas cayeron las imágenes
Que cuidaban la paz de tus ideas.

Vi los hombres truncar
La continuidad del tiempo
Y alterar el ritmo de los años.

Vi a los jóvenes ser viejos
Y a los viejos sacudir su senectud.

Vi el mundo de mi infancia
Desmoronarse en migajas despreciables.

Vi la sangre y la entraña
Colorear los horizontes tranquilos.
Vi la vida hacerse muerte
Y a la muerte alzarse con virtudes de vida.

Por dos veces la tromba de los hechos
Restalló implacable.

Yo te hice de aire, vida mía.
Yo te di lejanía sin nada:
Un sueño, un querer alcanzar,
Y te enseñé a tenderte
Cara a cara en el suelo,
Con tu mejilla rozando la mejilla del mundo.

Yo te hice de alivio y de canciones,
Te saqué de la lucha,
Te cuidé y te amparé.
Y anduve contigo, como la madre y el niño
Y juntos hicimos un mundo cerrado.

Discúlpame, vida, si te abrazo y te dejo.
Hay cosas que llaman,
Hay cosas que imprecan.
La angustia levanta su boca torcida.

Otra vez te daré
El manto de sombras de mi imaginación.

ÍNDICE

Esta obra se terminó de imprimir en los talleres Gráficos
de *Mac Tomas,* Murguiondo 2160,
ciudad de Buenos Aires, Argentina.
En el mes de Agosto de 2009